Solemnidad. Domingo de Pentecostés.

Nunca pasa de largo

"Al anochecer de aquel día, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas. En eso entró Jesús, se puso en medio les dijo: Paz a vosotros. Recibid el Espíritu Santo". San Juan, cap. 20.

Escribe un poeta oriental: "Ayer pasé delante de tu casa. Hallé cerradas las puertas y ventanas. No quise detenerme a golpear. Quizás te habrías mudado a otra ciudad. Tal vez dormías. Acaso habrías muerto". El amor auténtico no habría pasado de largo.

La amistad humana es con frecuencia más frágil que robusta, más débil que valiente, más vacilante que segura.

Por el contrario, la amistad del Señor rompe barreras, vence todos los obstáculos, es fiel y perseverante.

Están los discípulos reunidos en Jerusalén, a puerta cerrada y el Señor se pone de repente en medio de ellos. Les da el saludo de paz y les entrega su Espíritu.

En la Iglesia de hoy, encontramos que renace la devoción al Espíritu Santo. Pero algunos la viven en una forma excluyente que divide las comunidades y a veces también, deforma el Evangelio. Pero no, la teología nos enseña que El es el alma de la Iglesia. Es la luz de Dios, su fuerza, su vida, que se hace presente en todas las circunstancias, para movernos al bien, para ayudarnos a vencer el mal. Nos consuela, nos ilumina, nos purifica, nos ayuda a discernir, nos alegra.

El Espíritu se hace presente de improviso. A veces confundimos. su acción con el amor humano, con la perspicacia de los hombres, con las fuerzas parasicológicas. Pero es El, el Espíritu de Jesús, cómo San Pedro acostumbra a llamarlo en sus cartas.

Trabaja en lo oculto de las conciencias. Mueve interiormente a los hombres. Aclara las más oscuras situaciones.

Todos nos admiramos ante acontecimientos inexplicables y comentamos asombrados: Aquí esta Dios. Son los frutos del Espíritu.

Nos desconcierta el que alguien sea capaz de perdonar, el que alguno acepte con alegría la enfermedad y la muerte.

Se nos hace imposible que un joven pueda vivir castamente. Nos cuestiona el ver a un desposeído compartir desde su pobreza. Humanamente no entendemos que se siga esperando contra toda esperanza, que se siga confiando en Dios en este mundo convulsionado.

Allí actúa el Espíritu Santo. Avanza la Iglesia en medio de la secularización. Sin medios adecuados, con escasos recursos, el Evangelio sigue siendo predicado y aceptado. La juventud retorna a sus valores con decisión y valentía. Es el Espíritu del Señor que llena la tierra.

Nunca pasa de largo. Si halla cerradas las puertas y ventanas, se detiene a esperar pacientemente. Si no le abrimos, entra con las puertas cerradas. Si nos hemos mudado a otra ciudad, corre en nuestra búsqueda. Si nos encuentra dormidos, nos despierta o espera un momento propicio.

Jamás nos borra de su agenda. Es El Amor que nunca está de vacaciones.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y.